

# Realidades fantásticas

EN las calles silenciosas de mi infancia, a prima noche, durante el verano, se imponía en los corros saltados y poco numerosos de vecinas, el repaso fantástico de los sucesidos antiguos, entre históricos y legendarios, que a los chicos se nos antojaban cuentos de miedo. A ello contribuía la voz baja y el tono misterioso de las relatoras, en la serenidad augusta de la noche estival, apenas alterada con el chirrido de alguna puerta que se cerraba o el pequeño estrépito de los gatos enamoradizos que ponían los pelos de punta con su inesperado mayar.

Del tren se contaban—¿cómo no, en Alcázar?—diversas peripecias, ocurridas en nuestros campos, y hace poco, rebuscando en un archivo datos para esta obra, encontré la referencia sucinta de uno de estos sucesos que la mente infantil recogió como quimera de nuestros abuelos y que los mayores referían como cuento, sin creer nadie, de verdad, que aquello pudiera haber ocurrido jamás, pero . . . como decían los tíos que venían a la Plaza con los cartelones y el cajón de las coplas: en la muy oscura y lluviosa noche del 15 de febrero de 1880, avanzaba por la vía conduciendo viajeros y ocho mil duros de la Empresa, el tren correo de Andalucía n.º 21. En él venía el célebre General Serrano—Duque de la Torre—y en el furgón cinco guardias y un Teniente.

El tren iba despacio, porque el maquinista no tenía confianza en la locomotora y al ver una señal de alto no pudo detenerlo y descarriló, porque antes de que llegara al kilómetro 163, y a las doce y media de la noche, cuatro hombres con la cara tiznada entraron en la casa del guarda-agujas de Marañón y le obligaron a que les ayudara a levantar cuatro raíles e hiciera las señales de peligro, para que el tren se detuviese. Otros doce o catorce malhechores se apostaron a los lados de la vía.

Asustados los viajeros y apercebido el General Serrano, salió de su reservado y alentó al

Teniente y a los guardias para resistir el asalto y se trabó una lucha espantosa cuerpo a cuerpo, pues algunos bandidos iban armados de gruesos garrotos. La confusión fué horrible. Un guardia cayó herido, de un garrotazo en la cabeza, y un pasajero sufrió otra herida, por haberle caído una maleta al descarrilar el tren.

Seis horas pasaron los pasajeros entre la oscuridad y la lluvia. A las seis y media llegó el tren a Alcázar. Se hizo el transbordo y a la una llegaron los viajeros a Madrid, donde desde temprano era largamente comentado el suceso, motivo de singular zozobra para los que esperaban a sus familiares, por la falta de noticias, y muchas personas que pensaban ir a Andalucía suspendieron su viaje.

Después se dijo que por la provincia de Toledo vagaba de ordinario una partida de malhechores y que por haber estado de cacería muchos aficionados y el General Quesada con el Gobernador, guardias y escopeteros se corrieron los bandidos a Ciudad Real. Por los proyectiles hallados y por el sitio donde cayeron, se pensó que eran de los disparos que sufrió el tren. A los cuatro días, los guardias de Herencia capturaron al bandido «Gorrinero», segundo jefe de la partida que asaltó el tren correo de Andalucía. El mismo día fueron apresados tres bandidos más y recuperada la tercera extraviada en la lucha y recogidos un trabuco y un revólver de los malhechores. Por la noche apresaron a cuatro más, y en Alcázar tres individuos y una mujer, convictos del atentado al tren de Andalucía.

Las gentes veían tesoros incalculables en estas correrías y sacaban a relucir personas de cuya intervención se maliciaba, porque encamaron su casa o echaron portada para el carro. ¿De dónde iba a salir, si no? ¡Sepa Dios lo que sería aquello!

Otro suceso que sonaba mucho, era la avenida de Consuegra, espantosa desgracia de la que estuvo pendiente España y el Mundo durante un mes, pero los cuentecillos se circunscribían a la malicia.

Llovió tanto la noche del 10 de septiembre de 1891 y los días once y doce, que la vía férrea quedó cortada por diferentes puntos, paralizándose el servicio casi totalmente, pero Consuegra fué arrasada por las aguas, que inundaron Camuñas y Villafranca con una altura de dos metros.